

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Etrangero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—;Remordimientos!—Carta à un amigo.—Dinero de los pobres.

¡REMORDIMIENTOS!

Siempre que vemos un drama de Echegaray nos impresionamos de tal manera, que el sueño nos abandona por algunas noches, y si dormimos nuestro sueño sin duda es agitadísimo, porque al despertar nos encontramos más rendidos y fatigados que si hubiésemos hecho doble jornada ó una catástrofe inesperada nos hubiese dejado sin fuerzas físicas y morales.

Mucho habíamos oido celebrar su drama de «Vida alegre y Muerte triste» entusiasmandonos la lectura de algunos fragmentos admirabilísimos de la citada producción; pero al verlo en escena, sin desconocer que para obtener esos grandes efectos escénicos emplea medios violentos é inverosímiles, el fondo moral de la obra es tan profundo, y está tan admirablemente pintado el fin de los calaveras y de los libertinos contumaces, que se siente frío, frío que hiela el corazón y hace hervir las ideas al contemplar la amarguísima realidad de la vida, que si risueña y audáz es la juventud, ¡qué otra cosa, que desconsoladora es la vejez si el hombre no ha llegado á crearse una familia!

Nos dirán, y no le faltará razon á quien nos arguya, que son muchos los ancianos que mueren abandonados teniendo hijos y nietos, y que no hay nada mas doloroso que la ingratitud de aquellos que son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos; mas á esto contestaremos que, si bien es tristísimo lamentar desengaños, debe ser mucho mas horrible sentirse devorado por el fuego de los remordimientos, fuego que nunca se cubre de cenizas, sino que cada vez es más vivo y mas ardiente su inestinguible calor.

El hombre que ha cumplido con sus deberes sociales, el hombre que ha procurado crearse una familia, inculcando en ella los sanos principios de la moral mas pura, por mucho que le abrume el peso de su soledad nunca será comparable con la sombría tristeza del que no recuerda mas que crímenes y desaciertos.

Decía un filósofo que encontrar la felicidad dentro de casa es muy difícil, pero hallarla fuera de casa es totalmente imposible.

Durante la representación del drama, «Vida alegre y Muerte triste,» experimentamos tan dolorosa ansiedad, filosofamos tanto, hicimos tantas reflexiones y estas fueron tan amargas y tan profundas, que comprendimos perfectamente que un sér de ultratumba deseaba comunicarnos sus impresiones; pues á borbotones arrojaba en nuestro cerebro millones de ideas que en diferentes conceptos todas venian á espresar lo mismo: ¡Remordimientos!..... pero remordimientos horribles, remordimientos que no



se conciben si no se experimentan, si no se sienten sus agudas espinas que se clavan sin piedad en todo nuestro sér.

Los grandes dolores nos atraen, parece que estamos en nuestro centro cuando conversamos con espíritus que sufren, pero que sufren racionalmente, que exponen su dolor sin destrozar médiums ni hacer violentas contorsiones; por ese aceptamos la inspiración de todos aquellos que nos cuentan sus pesares dentro de los límites racionales, que nunca deben estos traspasarse, por que al hacerlo se tocan funestísimas consecuencias; en cambio, cuando el espíritu respeta al médium y éste se ofrece de buena voluntad á trasladar sus pensamientos por medio de la escritura, ¡qué enseñanzas tan profundas se obtienen, qué ventajas tan inmensas reportan á la humanidad las comunicaciones de los espíritus..... cuánto ensanchan los horizontes de la vida!..... cuántos desesperados se detienen al borde del abismo, cuántos odios se reprimen... cuántas impaciencias desaparecen!... cuántas contrariedades se dulcifican!... cuántos vicios se refrepan! ¡Bendita, bendita mil y mil veces las comunicaciones de los espíritus!

Y tú, compañero invisible, que aumentas con tu fluido la agitación de nuestros pensamientos, derrama en nuestro cerebro una parte de tus ideas, que, sean cuales sean tus crímenes, nosotros simpatizamos contigo por que sufres, y deseamos relatar tus sufrimientos, primero por que sirvan de enseñanza, segundo por que el que cuenta sus penas queda consolado, y nadie necesita de más consuelo que aquel que ha pecado mucho.

II.

«Dices bien, mujer, para curar á los enfermos estudian los médicos, y enfermos son todos aquellos que han perdido centurias de siglos entregados á los mas vergonzosos y deplorables desaciertos.»

«Bien has definido las ventajas que resultan de la comunicación de los espíritus, pues ese cambio de impresiones es altamente beneficioso á la humanidad que necesita convencerse que no todo acaba aquí, que hay trás de la *vida alegre*, una muerte muy triste, y tras de esta muerte una eternidad de dolor, una soledad que nunca se acaba, unos remordimientos que jamás se extinguen, una série de existencias á cual más dolorosas, en las cuales se carece de los purísimos afectos del alma, en las que el padre encuentra hijos rebeldes, esposa infiel y amigos ingratos; y la mujer se ve postergada después de haber sido comprada ó seducida, sin que la sombra de un hombre le preste amparo, sin que la maternidad le conceda sus santos dolores y sus inefables alegrías. Todos los séres que no forman familia expian los abusos cometidos con la familia que tuvieron ayer y que no supieron apreciar; y los que tienen deudos ingratos, es por que en realidad no merecen ser amados; y esta certidumbre es necesario, muy necesario que se arraigue en la humanidad, hay que demostrar que no existen los lugares pintados por las religiones, pero sí, la eternidad de la vida con sus inacabables remordimientos, con su interminable soledad, con esa angustia que no tiene nombre en el lenguaje humano.

«Yo soy una de esas víctimas de sus propios desaciertos, yo vivo muriendo hace muchos siglos, más todos mis propósitos de enmienda son nulos cuando en mis sucesivas encarnaciones llego á la hermosa edad de la juventud, cuando mi cuerpo ágil y fuerte, embellecido por la perfección de las formas físicas, reflejando en mis ojos los resplandores de las más vivas y enérgicas pasiones, se siente dominado por una atracción irresistible hácia la mujer, hácia la *Vénus impersonal*.»

«Para mi no tiene atractivos una mujer, es la mujer, sin reparar para satisfacer mis antojos, que esta tenga lazos que la separen de la vida pública, mejor dicho, de

la vida social. He perseguido á la mujer no por que la amara, no por que me sedujeran los encantos de una mas que de otra, no; la encontraba en mi camino y la hacía víctima de mi desenfrenado libertinaje y luego era el rechinar de dientes cuando dejaba la tierra y veía que no había dejado tras de mí, mas que las huellas del dolor y del escandalo.»

«Cuántas horas perdidas en las asfixiantes orgías! cuántas mujeres maldiciendo la hora en que me conocieron!.... cuántos niños inocentes abandonados á la caridad pública y á la beneficencia del estado!.. cuántas víctimas sacrificadas en aras de mis brutales deseos..... Mas esto había de tener un término, alguna vez había de escuchar una voz que me dijera: detente! llegó la hora de comenzar á sentir, y en mi última existencia que pertenecía á la clase más alta de la sociedad, siendo yo muy jóven, conocí á una mujer hermosísima, y si bello era su rostro más bella aún era su alma. Era el ángel tutelar de su anciano padre que estaba postrado en el lecho del dolor hacía muchos años y Leonor era su providencia.»

«La ví, y la deseé, comprendí que su padre me estorbaba, compré la conciencia del médico que le asistía, y este puso fin á la existencia del anciano, y yo vendiendo protección á la pobre huérfana, simulé un casamiento y Leonor fué mia creyendo que llevaba mi nombre. Al poco tiempo un nuevo deseo me hizo olvidar á la que me decia ruborizada: Conozco que voy á ser madre: esposo mio! Y sin sentir el mas leve remordimiento abandoné á Leonor y me marché á lejanas tierras sin acordarme ni por un segundo que habia hecho la desgracia de un ángel.»

«Pasaren 20 años, acontecimientos políticos me tuvieron separado de mi patria, y cuando una amnistía general me permitió volver al solar de mis mayores, el mismo dia que llegué al lugar de mi nacimiento, una jóven hermosísima atrajo mis miradas y despertó mis mas ardientes y volcánicos deseos. Ella tambien me amó por mas que había gran desigualdad en las edades: era huérfana, su madre murió al darla á luz, de su padre nadie le había dado la menor noticia, y en los asilos de beneficencia pasó su infancia y parte de su juventud, pues no tenía familia alguna. Tan pobre como virtuosa, vivia con el producto de sus labores; hice cuanto me fué dable por seducirla. Todo fué en vano, preferia la muerte á la deshonra. Yo apelé á los inícuos medios que emplean los seductores de oficio, y Juana, la incomparable Juana, fué mia completamente narcotizada, y cuando yo ciego, delirante, loco, frenético de placer contemplaba aquella hermosa estatua, ví ante mí la figura de Leonor que me dijo con amarga y desgarradora ironía: ¡Goza en tu obra desventurado! has profanado á nuestra propia hija, espíritu rebelde.... despierta al fin para el remordimiento!... Yo no sé lo que espermenté, pero puedo asegurar que mi razon recibió tan ruda y violenta sacudida que enloquecí por completo y pasaba los dias arrodillado llamando á mi hija, la que murió, según supe despues, sin conocer su deshonra, puesto que no volvió á despertar.»

«Yo no recobré la razon en la tierra, siempre me veía perseguido por dos mujeres, me arrodillaba ante ellas y les pedía perdon, ora llamaba á mi hija lanzando gritos aterradores, y aquel hombre apuesto y elegante de ensortijada cabellera negra como las alas del cuervo, de mirada magnética, de fuerza bercúlea, valiente hasta la temeridad, se vió reducido á vivir algunos años del modo mas deplorable, atado fuertemente á un anchuroso sillón, con la cabeza rapada, cubierta con un capuchon negro, encogidos todos los miembros, temiendo siempre ver las sombras de Leonor y Juana, á las que de continuo pedía humildemente perdon: sirviendo de befa y escarnio á mis numerosos criados, que se gozaban en atormentarme presentándome una jóven diciéndome:—Vamos, no te desesperes, que aquí está tu adorada Juana; entonces yo me enfurecia, pero todos mis esfuerzos eran vanos, porque fuertes liga-

duras me impedían moverme; concluyendo por llorar como un niño suplicando que me encerraran para que nadie entrara en mi aposento; y así viví algunos años, muriendo en una noche de Enero abandonado de todos mis servidores, sin que una mano piadosa cerrase mis ojos, sin que unos labios compasivos se posasen en mi frente; solo un perro, que pertenecía á uno de mis administradores, fué el único que me acompañó en mis últimos momentos, ahullando tristemente cuando me vió sin movimiento alguno; cuando con el maravilloso instinto, mejor dicho, inteligencia que distingue á la raza canina, comprendió que mis sufrimientos habian terminado. «

«Qué alegría tuvieron mis parientes al saber mi fallecimiento! se me hicieron solemnes exequias, y qué mal contrastaban los negros crespones que pendían de las altas bóvedas del templo con el semblante risueño y satisfecho de mis deudos! qué amarga irrisión los salmos y lamentaciones con los cálculos de si mi fortuna ascendía á tanto ó á cuantos millones!...

«Todo lo vil... todo lo presencié!... era justo que así sucediera, era preciso que comenzara á sentir, y el recuerdo de mi hija mancillada por mi desenfrenado libertinaje ha sido mi terrible pesadilla. Leonor y Juana son las sombras que mas me atormentan, puesto que á la primera le asesiné á su padre labrando su desventurada, y a la segunda le causé la muerte después de profanarla; nada me dijeron la dulzura de sus grandes ojos, su angelical sonrisa, la suavidad de su voz, la castidad divina de todo su sér, ella me decía: Yo te amo, pero mi amor no es como el tuyo, yo velaría tu sueño, yo prevendría tus menores deseos, yo sería feliz viéndote dichoso, yo creo que Dios me ha puesto en tu camino para despertar tus sentimientos sin que por esto saciemos el uno en el otro los apetitos de la carne. Amame como yo te amo, como se deben amar los ángeles. Y cuando así hablaba, en lugar de purificarse mis deseos parecía que plomo derretido circulaba por mis venas y más se avivaba mi loca y satánica pasión. Cuán criminal fui y cuán dolorosa es hoy mi existencia! No precisamente porque mis víctimas se levanten amenazadoras, no; todas, me han perdonado; es porque tengo inteligencia suficiente para conocer cuánto me queda que sufrir, ¡qué série de encarnaciones me aguardan tan tristes y dolorosas! Yo tendré hijos que sonreirán un momento en mis brazos y luego me dejarán ora porque sean ingratos ó bien porque la muerte me los arrebaté, y tendré que morir solo y abandonado como han muerto mis pobres hijos víctimas de mi cruel indiferencia. Yo seré cien veces engañado porque no soy digno que ninguna mujer respete y honre mi nombre; y tendré que apurar la copa de la amargura cuando mi cruel expiación me obligue á vestir el humilde sayal de la mujer. ¡Ob! entonces... cuántas humillaciones!... cuántos desvíos tendré que lamentar! que lucha tendré que sostener para resistir el impetuoso empuje del infortunio! ¡cuán horrible será mi soledad!... entonces iré mendigando una caricia de los pequeñitos, y grano por grano de arena iré levantando mi pobre cabaña y en ella encerrando las flores marchitas de mis melancólicos recuerdos.»

«Hay algo mucho peor que una *muerte triste*, hay la prolongación indefinida del dolor, hay la justa expiación de todos los desaciertos, hay la eterna ley de las compensaciones, hay la cosecha de todo cuanto se ha sembrado; no te canses en repetirlo, mujer; es necesario que la humanidad adquiera la certidumbre y el convencimiento que no quedan impunes los atropellos y los crímenes cometidos para satisfacer torpes pasiones, preciso es poner coto á los desórdenes, porque ¡ay! dejan una herencia terrible, dejan el patrimonio de los remordimientos. Mis víctimas me han perdonado, no me faltan espíritus generosos que me alientan, pero me queda mi conciencia, me queda mi razón, y la una me recuerda lo que he sido, y la otra me señala la única senda que puedo seguir, ¡la de la mas horrible expiación!... Sé que

ésta no será eterna, sé que durará lo que dure mi concupiscencia y el saldo de mi larga cuenta.»

«Tambien habrá para mis dias de Sol, tambien hijos amoresos cerrarán mis ojos en la crisis suprema de la muerte, pero antes que ésta época llegue ¡cuantos remordimientos me atormentarán!»

«No quiero entristecerte más con mis quejas; sigue cumpliendo tu mision pagando tus deudas que muchas trajistes á la tierra: y no te duela nunca el tiempo que empleas en transmitir el pensamiento de los que sufren, porque estos son los que enseñan el camino de la felicidad.»

III.

Jamás hemos sentido relacionarnos con los que padecen, porque estamos plenamente convencidos de lo que dice el espíritu, que los felices son las páginas en blanco en el libro de la vida, y los que habitamos este planeta necesitamos estudiar y aprender, que por haber sido perezosos nos encontramos sin los títulos necesarios para ocupar los puestos preeminentes en los cuales la dicha ofrece sus horas de placida calma y dulce reposo al espíritu que merece gozar de tales beneficios.

Creemos así mismo que los remordimientos son las verdaderas penas del infierno, huyamos de ellos no con oraciones rutinarias, sino con firme propósito de enmienda, y conseguiremos no la felicidad absoluta, pero sí un bienestar relativo en armonía con nuestras condiciones morales é intelectuales.

¡Dichosos de aquellos que quieren progresar!

AMALIA DOMINGO SOLER

CARTA Á UN AMIGO

Estimado amigo Paco: Sin juramento me podrás creer, que no quisiera yo sacar á plaza tu nombre, ni denunciar al mundo tus ideas acerca de la mujer, pues preveo, que siendo ellas tan incompatibles con las ideas modernas que dices profesas, han de durar en tí, después que leas y medites lo que te escribo, lo que viven las flores, una aurora; y que después de convencido has de sonrojarte de haber defendido un dia las cadenas de la débil mitad humana. Pero como es crecido el número de los que como tú creen que existen diferencias esenciales entre la inteligencia masculina y femenina, y como ya sabes que soy de condicion que, en viendo un error, á disiparle encamino todos mis pensamientos y voluntad; he resuelto, aun á trueque de sacar á luz tus teorías, terminar públicamente una discusion empezada en la intimidad sincera de nuestra antigua amistad.

Decías, en la polémica entre nosotros entablada (y no temas, que guardaré el incógnito lo posible), que la mujer es inepta para pensar, discernir y razonar con acierto, que es incapaz de recibir una educacion extensa, que no llegará nunca, como el hombre, á las cimas del pensamiento, y que por lo tanto, solo debe enseñársela á leer, escribir, hacer calceta y espumar el puchero. ¡Válgame Dios, pobre amigo, y qué idea más errónea tienes de la mujer!

Claro es, que sentando, como sientas la falsa premisa, de que la ciencia demuestra palpablemente la inferioridad intelectual de la mujer, resultará la monstruosa consecuencia de que la mujer es incapaz de razonar como el hombre. ¡Ay, amigo! he visto que á tí y á los que como tú piensan tal presuncion (eso que tanto teméis se desarrolle en la mujer, si por acaso el hombre cayese en la tentacion de introducirla en el santuario de las letras y de las ciencias) os hace perder los estribos. Dices que la ciencia prueba la existencia de una desigualdad congénita,

causa de la inferioridad intelectual de la mujer, y temo que te engañas, amigo ¿Quieres saber lo que afirma la ciencia, lo que dice Gall, el gran maestro de la anatomía y fisiología del cerebro? Consúltalo y verás que dice que *aunque hay una desproporcion grande entre el cerebro de la mujer y el del hombre, añade después, que "la energia en las funciones del cerebro no dependen solamente del tamaño de los órganos, sino de su irritabilidad;"* dice luego, que *las mujeres tienen una irritabilidad más pronta y una sensibilidad más esquisita* y que *"la perfeccion con la cual los sistemas nerviosos llenan sus funciones, no dependen de ningún modo de la masa mayor ó menor del cerebro, sino de su propia organizacion más ó ménos perfecta,"* siendo el ejercicio indispensable para aprender á combinar muchas ideas relativas á ciertos objetos.

Y hé aquí como tu argumento queda maltrecho y sin fuerza, pues no se aprecian las masas cerebrales por su volúmen absoluto sino por el relativo; y siendo el cuerpo de la mujer menor que el del hombre, claro es que su masa cerebral ha de ser más pequeña; además la *calidad* de la masa suple muchas veces la *cantidad*, pues afirma el Dr. Gall que "con masas cerebrales muy pequeñas, la naturaleza produce los efectos más admirables;" y, por último, afirma la ciencia que el ejercicio, el *medio* en que el cerebro se desarrolla, es la condicion indispensable para que el cerebro llene sus funciones con sorprendente perfeccion.

Y si es que la ciencia con sus verdades no te convence, espero que la experiencia con sus claridades te haga desistir del error en que estás. Permíteme, pues, que evoque aquellos venturosos dias de nuestra niñez, en los que nuestras vidas, enlazadas por la fraternal amistad que unía á nuestros padres, se deslizaban tranquilas y alegres. ¿Te acuerdas de aquellos dias en los que, alegres como pájaros sueltos, recorriamos los alegres senderos de nuestra florida sierra cordobesa? En aquellos dias, recuérdalo, ¿á que no pensaste nunca que tus amigas, por pertenecer al sexo débil, fueran inferiores, intelectualmente hablando, á vosotros, infantiles representantes del sexo fuerte? ¿No eran muchos los dias que volvíamos las muchachas satisfechas y placenteras del colegio, con el premio obtenido por nuestra aplicacion, y vosotros tornabais de la escuela tristonos y mohinos, con un *palmetazo* más y un postre de los favoritos de ménos en el estómago?

Sí, en la niñez no observaste diferencia intelectual entre tus amigas y vosotros; si alguna existía, era la establecida por la aplicacion de las muchachas; y esto que te he hecho observar entre tus amigas y tus amigos infantiles, puedes verlo, ahora y siempre entre tus parientes y conocidos, y no será raro que alguna vez veas más ingenio y penetración en las niñas que en los muchachos. En la clase del pueblo puedes observar, que la capacidad intelectual del hombre y de la mujer son casi iguales, pues si alguna diferencia hay entre individuos que no han recibido educacion alguna, se nota en beneficio de la mujer.

Ya ves, mi buen amigo, que no creo yo que nadie que imparcialmente estudie esta cuestion, puede creer que existen diferencias radicales, esencia del sér, fundamento seguro del rebajamiento intelectual de la mujer. La diferencia intelectual empieza donde empieza la diferencia de la educacion. Entre niños y niñas que reciben idéntica instruccion, la diferencia no existe. Más de una vez he oido encomiar la aplicacion y aprovechamiento de las alumnas de las escuelas de segunda enseñanza, á los mismos catedráticos que explicaban idénticas asignaturas á los hombres. Y personas imparciales han afirmado mil veces, que en la mayoría de éstas, en los ejercicios de oposicion verificados por maestros y maestras, éstas los han hecho con mayor lucidez que aquellos. Entre la niña que recibe una educacion rudimentaria en nuestras escuelas de primera enseñanza, y el jóven que frecuenta la Universidad y el Ateneo, los centros literarios y las buenas bibliotecas, la desigualdad es palmaria, indubitable.

¿Y qué es lo que establece esta diferencia? ¿La desigualdad orgánica, el reducido volúmen ó el poco peso del cerebro? No. El ejercicio, el medio en que uno y otro se ha desarrollado. Si un cuerpo humano respira continuamente una atmósfera viciada, será inútil que esperemos verlo sano y vigoroso, como si el oxígeno hubiera caldeado aquella sangre é impulsado con oleadas de vida aquel organismo.

De la misma manera, un cerebro que como el de la mujer no respira atmósfera alguna intelectual, no dará las mismas señales de vigor y vida, que aquel otro que vibra, caldeado en las aulas universitarias.

La mujer tiene las mismas facultades que el hombre: atiende, piensa, juzga, razona, abstrae, generaliza; lo hace de una manera más imperfecta; luego lo que hace falta, mi atento amigo, es afinar esos instrumentos de la inteligencia, con la educacion y el ejercicio metódico y constante, y las obras de la inteligencia femenina serán tan finas y delicadas como las del hombre.

Recuerdo que decías que una de las razones que te asistian para no desear la instruccion en la mujer, es la conviccion que abrigas de que ilustrada, se haria presuntuosa, altiva, fátua é insoportable con su saber. ¡Donoso pretexto, amigo mío! Repara, pobre Paco, repara como la vanidad te ciega. ¿Se hacen los hombres más vanos, más insoportables con la instruccion? No. Un hombre educándose se mejora; una sociedad ilustrada es más humana; hasta á los animales, ciertas reglas de educacion, á ellos aplicables, los mejora. ¿Y los bienes que la ilustracion produce en la sociedad en general, y en el hombre en particular, habian de traducirse en males, tratándose de la mujer? ¡Oh, poder de la rutina y de las costumbres! ¡Oh, teorías engendradas por sociedades bárbaras, protectoras del fuerte, como os imponéis sobrenadando aun en medio de las ideas modernas!

Ahora voy á exponerte lo que entiendo yo debe darse á la mujer para ayudarla á su regeneracion.

No pretendo yo que la mujer ha de entrar en las corrientes todas de la vida, y que ha de concedérsela intervencion directa en la marcha del Estado, en los negocios públicos ó en las agitadas esferas donde el hombre medita y persigue el mejoramiento y bienestar de las naciones. Ten en cuenta que no me lleva á condenar esta influencia de la mujer en los actos políticos y civiles el convencimiento pleno de su incapacidad (pues la Historia y la experiencia nos dicen que el corto número de mujeres que han intervenido en la vida de las naciones ó en los mundos de la inteligencia, han demostrado que la mujer llega hasta donde puede llegarse), sino la creencia firme de que su destino cierto es otro: el de directora del hogar doméstico.

Pero como le es imposible llenar cumplidamente esta alta mision con solo *hacer calceta y espumar el puchero*, entiendo que ha de instruirse, para que, con su ilustracion, adquiera dignidad, prestigio, autoridad, conciencia de sus derechos, posesion plena de sus deberes, conciencia racional de su destino; en una palabra, cuantas cosas le son neceserias para adquirir los derechos sociales y civiles de que está inicuamente despojada. Entonces, cuando las facultades superiores de la mujer estén aptas para funcionar racionalmente, podrá la mujer llenar cumplidamente la altitud de sus nobilísimos deberes.

Hay, sin embargo, muchas mujeres que no se casan, otras que, casándose, no tienen hijos. A estas, teniendo una instruccion apropiada á los fines á que la mujer se destine, capacitándolas para el estudio de aquellas carreras que no repugnen á su natural dulzura y delicadeza, desempeñando muchas de las profesiones que hoy monopolizáis los hombres, se las facilitarían medios para hacer frente á la miseria, engendradora de tantos males, y se las pondría en camino de su emancipacion. Como para conseguir todo esto, solo hay un medio, la instruccion de la mujer, por eso soy yo tan decidida partidaria de esta instruccion.

Pudiera exponerte ahora, mi atento amigo, los bienes que nos reportaría la regeneracion de la mujer, así como los males que yo considero consecuencias de su ignorancia; pero no lo hago, porque tengo determinado no extender mucho las límites de esta carta. Basta para que tengas una idea de las ventajas que á la familia habia de reportar la instruccion de la mujer, con que pienses que todas las preciosas facultades femeninas, habían de convertirse, depuradas y afinadas por una instruccion sólida, en hilos invisibles que tejieran en el hogar doméstico la luminosa malla que habia de estrechar más y más á los séres de la familia; en impulsos potentes de las grandes ideas y de las grandes obras; en faro luminoso que despi-

diendo luz y amor, salvara al hombre de los naufragios de la duda y le guiara hasta encontrar á Dios.

Voy á terminar; pero antes he de decirte que os equivocais de medio á medio, si creéis que la mujer anhela su emancipacion para revestirse de autoridad con perjuicio de la de su marido. La mujer, créelo, jamás usurpará los derechos del hombre. Porque, ¿sabes en lo que una mujer de cultivada inteligencia fundamentará todo su orgullo? En regir con omnipotente autoridad, en llevar la palma de una superioridad real en los mundos del sentimiento, en ser más humilde, más tierna, más dulce, más compasiva, más sensible que el hombre. En las esferas del sentimiento, te lo afirmo, no consentirá superioridades masculinas; si hay una lágrima que enjugar no consentirá que otra mano que la suya la recoja, sin detenerse aconsejada por el fanatismo, á indagar la secta en que comulga el afligido, ni las veces que implora al dia á un santo de palo el necesario socorro. En esto, mi buen amigo, cifrará su orgullo: en que sus palabras sean las primeras que, como gorjeo bendito, lleguen á los oidos del desgraciado, su lágrima la primera que brille al oír una afliccion, su socorro el primero que se ofrezca.

En el hogar, no se abrogará derechos ni autoridades que no la pertenezcan; pondrá sus cuidados en que el hombre no la despoje de los suyos; se limitará á realizar y sostener la religiosa armonía que debe necesariamente existir entre almas que tienen reciprocidad de ideas y sentimientos. En la esfera social y política, ejercerá la influencia indirecta, y no por esto menos real y positiva que hoy ejerce; pero encauzando la accion social por las anchas vías del progreso y la libertad.

Bien quisiera decirte otras muchas cosas que remachasen el clavo de mis argumentos, que debes haberlo puesto ya, obligado por la verdad, en las paredes de la certeza; pero tendria que alargar mucho más esta carta, y no quiero fatigar más tu atencion, que, de puro cortés que eres, no la dejarías á la mitad.

Doy por terminada con lo dicho esta carta, pero rogándote que tú, que con tanto ardimiento defiendes la igualdad, no hagas una excepcion en perjuicio de la mujer, sino que reconozcas tambien la igualdad de la inteligencia humana.

No pienso que he convencido á todos los que acerca de la mujer como tú piensan; pues, como dijo el Príncipe de los Ingenios, no es tan fácil hinchar un perro; pero creo que á tí, por los menos, te he puesto á dos dedos de mi bandera. Con eso se da por satisfecha tu afectísima amiga,

Córdoba, 1887.

DOLORES NAVAS

DINERO DE LOS POBRES

En el número 31 de LA LUZ dijimos que quedaban en la caja de los pobres 7 pesetas y algunos céntimos, desde aquella fecha (22 de diciembre) se han recibido en esta redaccion las cantidades siguientes:

De Mataró 1 peseta 50 céntimos, de una espiritista 1 peseta, de un aspirante á espiritista 2 id., de Figueras 11 id., de Almonacid de la Sierra 2 id., de Petrel 1 id., del Presidio de Cartagena 6 id., de Araceli 2 id. 50 céntimos, de Gracia 5 id., de Dolores 5 id., de B. 5 id., de un hombre 2 id. 50 céntimos, del Alcalde de Gracia 12 bonos, que valian por cuatro libras de carne, por cuatro id. de arroz y cuatro panes de tres libras, de Jaime Pascual 20 bonos que valian por veinte libras de pasta para sopa, de Manila 52 pesetas, de Carlos 8 pesetas, de Cardell 5 id., de Enriqueta 5 id., de Tossa 1 id., total 115 pesetas 50 céntimos que unidas á las 7 que habia en fondo suman 122 pesetas y algunos céntimos, que se han distribuido del modo siguiente. A una viuda con dos hijos en la mayor miseria 37 pesetas, á una niña ciega 16 id., á una enferma muy grave 13 id., á una mujer impedida 15 id., á una familia muy desgraciada 12 id. 50 céntimos, á una viuda desamparada 15 id., á una viuda con dos niños 5 id., á una anciana 2 id., á un expatriado 1 id., á una enferma 6 id., los bonos fueron repartidos entre varios necesitados! nada queda en la caja de los pobres! Dichoso el que puede socorrerá los afligidos!

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.